

ACLARACIONES VENATORIAS

Hace unas semanas se publicó en una veintena de periódicos españoles la entrevista que le hizo a uno una becario a la salida de un curso de El Escorial. Los titulares resultaban escandalosos y exagerados. Eso dio lugar a numerosas intervenciones y protestas de lectores y opinativos, airadas en la mayor parte de los casos. Ver el pensamiento de uno de modo tan descarnado en letras alarmantes resulta indecoroso. “¿Dónde queda el prototipo de escritor aventurero como Hemingway?”, era una de las preguntas. Jamás ha pensado uno que ese escritor fuese prototipo de nada noble como la aventura ni mucho menos la literatura. ¿Por qué escogió ese ejemplo y no el de Stevenson o Kipling? Su intención, supongo, era oponerlo a un escritor poco exótico como uno. Las respuestas debían ser telegráficas y sin matices.

Decía en ella que Hemingway era alguien que le sacó partido al bando republicano en la guerra y a Franco y los sanfermines en la posguerra y que matar elefantes por gusto era en mi opinión una imbecilidad y que así no se podía ser buen escritor, aunque recordaba a John Huston, quien también mató elefantes y no fue ningún imbécil. Claro que Huston tampoco fue un hombre amoral, raíz de todos los proble-



RAUL

mas literarios y personales de un Hemingway que se pasó de la República a Franco y de Franco a Fidel Castro sin el menor escrúpulo, sólo por su interés personal.

En las mismas fechas se publicó otra entrevista a Fraga Iribarne. Le preguntaban si se encontraba bien de salud, y el ex ministro de Franco aclaró que no podía encontrarse mejor, como probaba el hecho de que aca-

baba de matar un venado de veinticuatro puntas, “un primera medalla”, en una beirrea nacional. Esta exhibición de un exhibicionista por naturaleza la encuentra uno, francamente, repulsiva. Matar un ciervo con un rifle de mira telescópica sólo por el placer de contarle las puntas o un elefante para mostrar sus defensas en el salón es, con todos los respetos, una vileza, algo que empieza a resultar ya inaceptable.

Cierto que uno de los escritos más originales y agudos de Ortega y Gasset, que no era venatorio, es el prólogo que le puso al libro de la caza mayor de su amigo el conde de Yebes. La caza como metáfora no ha de llevarnos, sin embargo, al atavismo como deporte, por lo mismo que nuestra admiración por Homero no nos arrastra a defender la guerra ni a clavar a nuestros enemigos una azagaya entre los ojos. Algún día matar un ciervo o un elefante será delito, como pegar a una mujer. No hace ni cincuenta años era frecuente ver en el cine cómo los héroes de la pantalla abofeteaban olímpica e impunemente a la chica, para hacerla “entrar en razón” (en las mismas películas en las que se azotaba a los porteadores negros por “perezosos” o “villanos”). Y, desde luego, a uno no le gusta Hemingway como escritor sólo porque lleve un rifle a todas partes, como Charlton Heston, ni tampoco Fraga como político porque mate ciervos de veinticuatro puntas. Sino porque en ellos la ética nunca precedió a la estética, elemental e insuficiente, por otra parte. Ni Hemingway mejora cuando escribe de París o de España, donde no hay elefantes, ni Fraga está ya para redimirse como colmenero. ◯

**Algún día,
matar un ciervo
o un elefante
será delito**

